

La ofrenda

Tocaron la puerta repetidas veces; ella escuchó los llamados pero guiada por su instinto se negó a acudir. Tenía miedo, demasiado miedo para alguien que nunca había conocido el terror. Estaba sola, los llamados a la puerta continuaban. Todo era silencio y golpes secos en la vieja madera de la puerta de entrada. Uno tras otro, los golpes desesperados irritaban sus oídos.

Lentamente caminó hacia una de las ventanas que daba a la calle, corrió las cortinas blancas, y miró expectante el mundo de afuera. Todo parecía en calma, todo regido por leves brisas de otoño. A lo lejos pudo ver el móvil policial realizando la rutinaria ronda de la noche. Aquello le dio más tranquilidad, pensó que estaba protegida. Si algo raro ocurría, ella gritaría y seguro alguien acudiría a ayudarla.

Corrió la cortina a su posición inicial y se dirigió a la cocina en busca de un vaso de agua. A todo esto los ruidos en la puerta habían cesado pero ella no se había percatado de la reciente situación muda. Tomó el agua dejando que su garganta la saborease como su boca. Repentinamente comenzó a sentir un frío seco deslizándose por su espalda, y luego buceó por sus oídos un murmullo.

Algo se escondía detrás de ella, algo que respiraba agitadamente y que a la vez le hablaba en un idioma extraño. No se atrevía a girar.

Sentía próximo a su espalda ese ser y hasta podía sentir que el cuerpo de aquel rozaba el suyo. “Vete” repetía en su pensamiento pues las palabras habían quedado anudadas a su garganta, “vete” repetía una vez más intentando que su pensamiento se comunicara con el de aquel; pero ese alguien seguía detrás.

Las luces se apagaron de golpe y en la oscuridad de toda la casa comenzaron a rondar siluetas extrañas, imágenes borrosas, sombras...

Luego comenzaron a acercarse hasta ella figuras de mujeres brujas. La habitación se llenó rápidamente de gritos, libaciones, llantos, gemidos, risas diabólicas...

Los muebles, las paredes, el techo, la estufa, todo lo que allí había fue desapareciendo y en su lugar se fue tornando un paisaje lúgubre, neblinosos y exilio.

Aún sentía la presencia de ese ser detrás suyo. Aún no se explicaba qué sucedía, dónde estaba, quiénes eran aquellas mujeres.

Su cuerpo temblaba por completo. Las brujas se acercaron hasta ella, la despojaron de sus ropas y la tomaron a tirones. Lentamente se fueron abriendo paso por un sinuoso sendero en empinada. El ser extraño seguía detrás de ella.

Llegaron hasta una especie de atrio, una roca blanquísima que brillaba en la oscuridad. Con torpeza la acostaron en ella y anudaron sus brazos y piernas a la roca. Luego las brujas se alejaron del atrio y se colocaron a su alrededor reproduciendo continuas libaciones. Pasados unos segundos se callaron, parecían petrificadas y ansiosas a la vez.

Cuando comenzaba a propagarse el silencio sintió que alguien se acercaba a ella. Un hombre tosco se paró junto al altar, él era quien había estado todo el tiempo ocultándose detrás suyo. Dijo unas cuantas frases en un idioma extraño, luego levantó sus brazos cargando una especie de puñal y lo descargó con furia sobre el vientre de la mujer. Ella sintió el filo romper su carne y luego dejó de sentir.

Las brujas comenzaron un canto escalofriante, el ser extraño rio, lloró, rio y volvió a llorar. Parecía poseído por una fuerza anormal que había tomado su cuerpo y que le daba un cierto placer y a la vez una innegable angustia.

El paisaje sombrío desapareció repentinamente y volvió a dibujarse la sala con sus muebles, con su estufa, paredes y techo. Por las ventanas podía verse el móvil policial en su ronda.

Sobre una de las mesas se derramaba un vaso de agua y sobre la alfombra que había en la habitación, corría un hilo de sangre. Por la puerta de entrada se alejaban un grupo de mujeres brujas y un extraño ser.

MARIDI